

este sagrado lugar. En todo esto pensaba antes de venir aquí. Ya ves pues, virgen hermosa y adorable, que nada puede arredrarme, ni aún la muerte, que si viene de tus manos será de infinita dulzura para mí. Fuerza es, pues, que me escuches...

El mancebo era bello y gallardo y hablaba en tono conmovido. Su mirada dulce y serena subyugaba a la doncella. La sinceridad más pura se traslucía en sus palabras.

La vestal estaba sosteniendo una terrible lucha interior. De un lado, las solemnes promesas juradas y, del otro, la inclinación irresistible que experimentaba ya por el osado y gentil forastero.

No pudo mantener por largo rato el continente del primer momento, tan fuertes e irresistibles son los mandatos de un corazón enamorado. Se suavizó su acento, se dibujó en su semblante una leve sonrisa plena de promesas de perdón, tal vez de más que eso, y dijo al charrúa, que esperaba sus palabras con ansiedad:

—Puesto que el paso que has dado ya no tiene remedio alguno, voy a escucharte «hembireco ymbaé»; <sup>(1)</sup> aunque el corazón me anuncia que la debilidad con que cedo a tus ruegos, ha de ser un día fatal para los dos . . . . .

### III

Y la gruta de afligranadas estaláctitas, donde las vírgenes consagradas a *Tatá-ayohí* celebraban, tarde a tarde, sus ritos misteriosos, fué durante largas lunas lugar de cita para el enamorado *Nandú* y la donosa vestal. Los jóvenes se amaban tiernamente, pero una nube de tristeza oscurecía de vez en cuando el semblante de la virgen; y en esos fugaces momentos de pena, recordaba ella a su adorador los presentimientos que la asaltaron cuando se vieron por vez primera en la soledad del santuario.

—«El corazón me anuncia que la debilidad con que cedí a tus ruegos, ha de ser fatal para los dos»...

Y llegó el momento tan temido por la india, aquel en que los *angá-tan* <sup>(2)</sup> de sobrenatural poder, a cuyo conjuro se hallaba consagrada, recobraron de súbito su maléfico dominio, realizándose así, fatalmente, los tristes presagios que tantas veces la acongojaron.

### IV

—¡HORA es ya de que huyas conmigo para siempre de este sitio de cautiverio!,—exclamó suplicante *Nandú*,

que se hallaba arrodillado a los pies de la doncella junto a la sagrada lumbrera, que se extinguía lentamente, olvidada por la hermosa en su éxtasis de amor.

—Si realmente me amas ¿por qué me quieres perjura?... ¿Por qué me expones al justo y terrible castigo de los espíritus vengadores?...—replicóle, ya vencida y resistiendo débilmente, la vestal.

—¡Para defenderte de ellos tienes el brazo invencible de *Nandú*, que no te abandonará jamás!

La virgen resistió una última vez, pero sólo con la mirada de sus negras pupilas fascinantes, humedecidas por la emoción; y luego cayó en los brazos del mancebo, muda, palpitante, ebria de amor....

Mas de pronto lanzó un grito de angustia, prorrumpiendo con acento desesperado al mismo tiempo que se desprendía de los brazos amantes que la estrechaban:

## LA HERENCIA DE FRANKLIN

EL señor García Kohly, digno representante de la República de Cuba en España, ha traducido recientemente la biografía de Franklin escrita por Mignet; semblanza a lo Plutarco, sometida al prejuicio de una lección moral; obra, en fin, excesivamente pedagógica.

Esa lectura, en los días actuales, es sugerente. Nuestro tiempo se corresponde con el de Franklin como los dos límites de un ciclo histórico.—Divaguemos un poco sobre esas páginas.

Franklin, como producto de un medio y como instrumento de una acción, tiene una clara psicología. Su stirpe puritana, obligada a expatriarse huyendo de la corrupción estuarda, reaccionó sobre Europa cuando ésta fué capaz de recibir la nueva semilla. Franklin es el entronque entre las dos Revoluciones: la inglesa y la francesa.

El puritanismo y sus derivados tuvieron mucho más valor ético que ideológico. Hay en ellos más de ascetismo que de misticismo. Son derivaciones lejanas de la escuela estoica; depuraciones de la voluntad, aunque dirigidas al cultivo de la acción, y no, como los estoicos, a un fortalecimiento interior unido al pesimismo quietista.

Franklin, cuya actividad empezó en Pensilvania, era un alma nativamente fraterna de la de Guillermo Penn. Pero había en él también el ímpetu lejano de Milton. Educado en un medio de lucha, en una sociedad que iba saliendo rudamente de la mano de sus conciudadanos, Franklin sintió el valor de eficacia y de práctica con mucha más intensidad que el pura y desinte-

—¡El fuego se ha extinguido, *Nandú*!... ¡Nuestra felicidad ha muerto!...

Y al expirar en sus labios las últimas palabras, se estremeció la gruta, sacudida por un estruendo formidable, inundándola torrentes de líquido e hirviente mineral que envolvió a los amantes en un último y estrecho abrazo, para fundirlos después en su incadescente materia.

### V

CUANDO el mineral se enfrió, la gruta no existía ya. Pero, en su lugar, brillaba a la clara luz del día, una ancha zona de piedras transparentes en cuyas vetas polícromas se reproducían al infinito los brazos de los jóvenes que se buscaban anhelantes, todavía, en las ansias de la muerte.

ORIOLE SOLE RODRÍGUEZ

(*Mercurio Peruano*, Diciembre de 1919).

resadamente especulativo. No hablo ahora de su conocida personalidad científica, sino de su naturaleza filosófica. Leamos su cuadro de preceptos: la idea de bien es inseparable, para él, de la de utilidad. «Ocupaos siempre en algún objeto útil. No perdáis el tiempo. No hagáis nada que no sea necesario. No habléis sino de lo que pueda seros útil a vos o a los vuestros. Evitad los extremos». He aquí una ética que no parece predestinada al heroísmo, a las exaltaciones arrojadas e irreflexivas, ni a aquellos abismos de contemplación que llamó el Mesías *la mejor parte*. No hay que olvidar, con todo, que el siglo de Franklin no dió a la palabra *útil* el sentido desoladamente material que le damos hoy. Franklin, a causa de su naturaleza fundamentalmente religiosa, es un alma distinta de sus consanguíneos Bentham, Locke y Hume, aunque todos pertenezcan a una misma modalidad espiritual, renovadora del mundo.

Refiriéndose a *La ciencia del buen Ricardo* dice ya el propio Mignet: «La moral está en esa obra predicada en nombre del interés». Y más adelante, refiriéndose a la invención del pararrayos, escribe: «De igual modo que la observación conducía a Franklin ordinariamente a una teoría, ésta le llevaba siempre a obtener de ella una aplicación útil».

Otro de los elementos formativos del temperamento de Franklin podría llamarse *romanismo*. Franklin, crecido en una sociedad en *devenir*, formada por la coexistencia de un fondo numeroso de inmigrantes y una minoría de

(1) «Hembireco-ymbaé».—Guaraní: mancebo.

(2) *Angá tan*.—Guaraní: espíritus vengadores.